

La Luz Prodigiosa

Ediciones Destino
Colección
Áncora y Delfín
Volumen 967

*Este libro está dedicado a la persona
que más creyó en él desde el principio:
Leonardo Marías, mi padre.*

Y para su hermano Fernando, mi tío.

El viejo encendió otro cigarrillo de mi paquete de rubio americano, dio una profunda calada, expulsó el humo, me miró fijamente a los ojos y dijo:

—Además, Federico García Lorca no murió en agosto de 1936.

Dio otra calada al cigarrillo y se quedó mirándome con sus intensos ojos brillando, una levísima sonrisa eufórica en los labios, la misma del jugador que te descubre tres reyes cuando esperas un par de cincos, un ligero temblor en la mandíbula, como si la frase que acababa de pronunciar fuese un sabroso bocado y él lo estuviera degustando. Estaba feliz de hablar y de que alguien le escuchara. Y, desde luego, había conseguido sorprenderme con su espectacular afirmación, aunque no gratamente: yo

estaba esperando otro tipo de historia y esto fastidiaba mis planes. De todas formas, decidí seguir su juego y ver hasta dónde pretendía llevarlo. Comprobé de un vistazo que el magnetófono seguía funcionando y con tranquilidad, pero sin dejar de prestarle atención, cogí otro cigarrillo.

—¿No? —pregunté intentando aparentar menos interés del que en realidad sentía.

—¡No! —contestó con seguridad, sin desviar un momento la mirada ni relajar su expresivo gesto.

Suspiré. Miré al camarero y con el dedo índice tracé un círculo en el aire sobre nuestros vasos vacíos. El camarero salió de detrás de la barra y nos sirvió. Ya se había resignado a aguantarnos; éramos los únicos clientes de la cantina de la estación. Esperábamos el tren de las 6.25. Probé mi copa y miré al viejo.

—Bien —le dije—. Continúa.

Como si mis palabras hubiesen puesto en marcha un mecanismo ansioso de funcionar, el viejo chasqueó los labios, acercó la silla a la mesa de formica y avanzó unos centímetros la cabeza.

—¡Qué sabrás tú, repórter! Lo que has leído o lo que te han contado... Paparruchas, mentiras...

¿Quieres saber la verdad? Pues eso es fácil: habla conmigo, escúchame. Te ha sorprendido lo que he dicho, ¿verdad? Reconócelo. Pues sigue escuchando y verás... No, Lorca no murió aquel día que festejasteis ayer. Murió mucho después. Aunque no sé por qué digo que murió. En realidad yo eso no lo sé. Puede que todavía esté vivo; al fin y al cabo vivo estaba, para su desgracia, cuando lo vi por última vez. Hace ahora veintitrés años de eso, aunque no me acuerdo de la fecha exacta. Desde ese día no he vuelto a verle —hizo una pausa y adoptó un aire melancólico; se diría que por unos segundos su pensamiento se había desplazado en el tiempo, muchos años atrás. Un nuevo trago de coñac le hizo regresar de su viaje y recuperar el hilo—. Bueno, repórter, ¿qué me dices? Esto es lo que tú llamarías una exclusiva, ¿verdad? Una exclusiva de las buenas. Te lo cuento porque antes me echaste un cable en el jaleo del bar y me gusta agradecer los favores que me hacen. Además, me caes bien y me entiendes, sé que me entiendes. Y no te achicas a la hora de pagar copas, je, je... —apuró de un trago su vaso y se quedó mirando mi cubalibre, adoptando una actitud teatralmente seria—. Lo malo de eso que bebes es que nos hace ir a destiempo. Tanta

burbuja, tanto hielo... Uno de los tuyos es como diez de los míos... Da que pensar; y pensar me da sed..., casi tanta como recordar...

—Eso se arregla volando. Espérame aquí y verás. Y mientras estoy fuera no vayas a venderle la exclusiva a otro —le guiñé un ojo y me levanté, acercándome hasta la barra.

El camarero alineaba platitos de café sobre el mostrador. Le pedí una botella de coñac y la cuenta; pareció molesto por tener que interrumpir su tarea, pero se puso a sumar. Consulté el reloj y miré hacia nuestra mesa, donde el viejo, de espaldas a mí, encendía un nuevo cigarrillo. Un tipo extraño... A primera vista aparentaba ser una mezcla de anciano solitario y vagabundo medio loco a causa del alcohol, pero la coherencia de sus pensamientos, la seguridad en sí mismo y la intensa lucidez de su mirada desmentían enseguida esa primera impresión, dándole un aire de especial dignidad. Y, desde luego, sabía adornar sus cuentos. Habría podido ser actor, uno de los buenos. No habían transcurrido ni seis horas desde que nos conocimos y ya se había emborrachado a mi costa. Me preguntaba cómo pensaba continuar su historia.

Le había encontrado unas pocas horas antes, sobre las once de la noche. Yo llevaba dos días en la ciudad. La Agencia me había enviado para cubrir la información de los actos del cincuentenario de la muerte de García Lorca que, bajo el título «Homenaje Popular de Andalucía a su Poeta», se estaban celebrando por esas fechas. El grueso de la información ya lo había recogido el jefe de mi equipo y yo recopilaba noticias de segunda fila, material con que adornar el producto final. Esa misma tarde había terminado mi trabajo; y, dicho sea de paso, bastante mal. La Organización había fallado, aunque no tanto como mi magnetófono, de manera que el material obtenido era más bien flojo: Lectura de Poemas de Lorca por Jóvenes Autores Andaluces, sin sonido a partir del cuarto Joven Autor; apertura de los Actos por el Excelentísimo Señor Alcalde, registrado sólo el emocionado final por comienzo del discurso veinte minutos antes de lo previsto. Etc., etc., etc. Otra de las chapuzas a las que tengo acostumbrado a mi jefe. Claro que el Homenaje de marras tampoco era para tirar cohetes. Y es que tiemblo en cuanto oigo la palabra Popular referida a este tipo de cosas: Homenaje Popular, Fiesta Popular, Semana Tal con Participación